

SECRETARÍA DE CULTURA

UNIVERSO ALFONSINA STORNI

1° PREMIO NARRATIVA

“Reencuentro”, Wanda Viviana Polimeni (San Juan)

Descubrirlo allí la desbordó.

Intentó, posiblemente en vano, disimular su desconcierto y saludó escuetamente a sus interlocutores, interrumpiendo una conversación que la involucraba. Con pasos indecisos se abalanzó sobre el mostrador de la recepción, y arrebató la tarjeta magnética que gentil le ofrecía el conserje, quien se manifestó visiblemente sorprendido.

-Merci, expresó vacilante.

El rostro le pesaba y las manos le ardían tanto, que le resultó dificultoso insertarla en la ranura que aguardaba en la puerta y en la que el reflejo le reveló que ese calor también acuciaba sus mejillas.

Una vez dentro de la habitación, se derrumbó sobre la alfombra que cubría el piso, color bordó.

Sacudiendo la cabeza, de a poco se incorporó, procurando ordenar las emociones que pujaban por prevalecer en su ahora escaso razonamiento.

- ¿Por qué está el aquí? ¿Por qué?, se interrogaba sin consuelo.

Turbada, sólo atinó a dirigirse a la ducha. El agua, a propósito fría, le recordó que en tres horas debía ofrecer la presentación de su ponencia, y que contemplaba utilizar este intervalo para repararla. Intuyó abatida que no podría concentrar las fuerzas necesarias para cumplir con ese propósito.

De repente, un golpeteo discreto en la puerta la sobresaltó.

-Madame, s'il vous plaít, votre ordre...!- alcanzó a percibir.

Se dirigió a la puerta y enfundada en un toallón aromatizado a lavandas, recibió las dos botellitas de agua mineral que había solicitado unos minutos atrás.

Entonces, sorbo a sorbo pudo recobrar el dominio sobre sí (para ostentarlo no se atrevía ni siquiera beber algo que contuviera alcohol, lo cual despertaba burlas entre sus allegados), cualidad que nunca había perdido, excepto en aquel tiempo en que él, él irrumpió en su mundo. La piel se le erizó.

El sonido educado del teléfono (-Hasta en eso son cuidadosos en este hotel- concluyó) la regresó a su realidad inmediata, de la que él ahora también formaba parte.

Era su familia que, a lo lejos, intentaba acompañarla en esta alocución previa. Saberlos de su lado la tranquilizó.

-Mami, mami, ¿estás lista pada la confe... confidencia?-, expresó Carlita, peleando una lucha desigual contra las “erres”.

-Mamá, te llamamos para desearte suerte, te queremos. Te paso con Papá- arremetió Laura, con aires de superación.

-Sabemos que vas a brillar. ¡Éxitos!- expresó efusivo Raúl.

Ante ese testimonio de afecto, ella se quebró. La distancia era sinónimo de angustia, y esta revelación de proximidad con él, la angustia total.

Se obligó a sobreponerse, y bebió el agua con impaciencia.

No lograba evadir sus dudas: ¿sabría él que ella era una de las expositoras invitadas?, ¿Estaría allí a propósito para arrebatarle la paz que tanto le demandó reconstruir?, ¿Sospecharía la zozobra que le ocasionaría?

Presumía una respuesta afirmativa a cada cuestionamiento.

Una arremetida de nuevos interrogantes la envolvió. Estaba convencida de que él no había exteriorizado sorpresa alguna al hallarla allí, que sabía que la encontraría, pero también sabía que él lograba manipular las emociones de acuerdo a su conveniencia. Titubeó. Ahora no conseguía determinar si se había asombrado o no. Trató de repasar instante a instante ese fugaz encontronazo, incorporando nuevos matices, quizás más resultado de su anhelo que de la realidad.

-No- exclamó por lo bajo. -Él no se conmovió en lo absoluto cuando lo crucé. Estaba en conocimiento de que yo estaba aquí- concluyó, aunque interiormente tanta certeza le era esquiva.

Ahora otra andanada de incertidumbres se le presentó. Si él sabía que ella ofrecería una conferencia a tanta distancia, por qué se habría hecho presente.

-¿Cuál es el objetivo de buscarme aquí?- murmuró una vez y otra vez más.

Debía recomponerse, y lo sabía. Veinte años habían transcurrido desde que ella se recibiera de Licenciada en Ciencias Económicas, y tras cinco de investigadora especialmente contratada por la Universidad de San Bartolomeo y subsidiada además por organizaciones intermedias, había desarrollado aplicaciones para optimizar las relaciones socio-económicas de los organismos multinacionales con los estados tercermundistas, obviamente a favor de estos últimos. En función a ello había dado algunas charlas, primero locales, luego nacionales y esta, como la frutilla del postre, representaba la primera exposición internacional en la que debía demostrar sus apreciaciones y conclusiones.

Pero la presencia de él la hacía zozobrar.

El sólo saberlo próximo la conmovía hasta las entrañas.

Sometida al debate entre sus emociones y su profesionalismo, presentía que las primeras llevaban la delantera, y que no conseguiría remontar esa situación.

-¿Qué hace él en este Congreso?, ¿Quién lo invitó?, ¿Cómo se enteró de su existencia, y de mi participación?

La curiosidad la sobrecogía.

Un halo de luz se deslizó ante una distracción de las cortinas, y se instaló sobre su regazo. El reflejo la hizo parpadear, y los recuerdos, agolpados, se dieron paso.

Todo había comenzado aquel veintiséis de Agosto, en su mes preferido una década atrás, cuando fue convocada para un trabajo de asesoría con un contrato temporario, muy por debajo de sus aptitudes y muy por encima de sus necesidades, como resultado de varias insistencias a un pariente político devenido funcionario público, que de mala gana ofició de contacto. Las

posibilidades laborales para ella y para Raúl agonizaban hacia tiempo, y no vislumbraban mejoras, al menos en el corto plazo.

Y junto a ello, la frustración.

Se resistía a ese presente jamás imaginado. De niña más de una vez hizo el cálculo: en el año 2000 tendría treinta y un años, y seguramente una adultez encaminada.

Y la realidad que enfrentaba la hería en profundidad. Más aún repasando los objetivos que se habían planteado ella y Raúl cuando siendo compañeros en la Facultad descubrieron sus compatibilidades y decidieron materializarlas en un futuro común, conscientes del sentimiento que los aproximaba.

La paulatina carencia de oportunidades posteriores carcomieron ese destino mancomunado, el que se sostenía sólo por la presencia de Laurita, una princesita que crecía sin comodidades, sin la alimentación adecuada, sin siquiera una cuna decente.

Angustia, sólo angustia.

Hasta ese día en que él la embistió. Era el responsable del Área de Recursos Humanos del Ministerio, y el encargado de las formalidades de esa contratación tan ansiada.

Fue verse y saberlo. Ambos.

Los dos descubrieron al instante esa química física inexplicable a la que tantos eruditos han dedicado gran parte de sus teorías científicas. No requería un nombre ni una justificación. Él vínculo existió desde el mismo instante en que se conocieron, sin disimularlo. Los superaba.

Ella pudo así compensar sus decepciones con este nuevo desafío emocional que se le proponía. Trocó resentimiento por optimismo, angustia por inquietud, pasividad por entusiasmo, anulación por esperanza. Fue nuevamente ella, hasta quizás la que nunca había sido.

El cosquilleo en su barriga bullía permanentemente, tanto como la excitación de un probable encuentro, ocasional y no tanto ya que varias veces, la mayoría, alguno de los dos lo provocaba. Esa complicidad los divertía y la reconocían, aunque no la sinceraran.

La relación deliciosamente los desbordaba.

Pero ese juego, como todo juego, debía alcanzar algún desenlace, entre perdedor y ganador. Ella lo propuso, pero él no accedió. Él se hallaba cómodo, ratificando su sensación de enamoramiento. Ella no alcanzaba a definirse entre lo apropiado y la locura.

Él jamás encauzaría una relación nueva. Ella fue honesta con Raúl.

Él había experimentado estos estadios adolescentes en otras oportunidades (“Aunque nunca con esta intensidad”, le habría confesado la vez que intercambiaron sus sabores en un beso, lenguas incluidas); ella jamás había transgredido, ni siquiera en sus pensamientos, el mandato cultural.

Él gozaba y hacía uso de una permisibilidad casi consensuada con su pareja; ella se auto reprimía.

El deseo avanzaba, y ella comenzó a abstenerse. Era consciente de que si se permitían tan sólo cuarenta centímetros de intimidad absoluta, la entrega era inevitable, y ella no podría lidiar a futuro con ello, ni con el mandato que la sociedad le imponía.

Él engañaba sin remordimientos. Ella transparentó su situación, aunque a medias. Raúl comprendió su desequilibrio y esperó a que se estabilizase.

Y en esa contención que su marido ofreció, ella recuperó su fortaleza.

Juntó los pedazos de sí que aún podía recuperar, y se rearmó. Se juró no derramar ni una lágrima.

Renunció a ese empleo y con una actitud renovada encaró sus metas. Decidida. No dispuesta a darse concesiones. Si la vida le había permitido conocer el verdadero amor cuando menos lo imaginaba, posiblemente le obsequiaría nuevas sorpresas. Y entre ellas, el embarazo de Carlita. Y con Carlita, tal cual lo establece el saber popular, la oportunidad de trabajar en la Universidad de San Bartolomeo.

Él intentó, de un modo camuflado aunque pertinaz, reanudar la relación que nunca fue. Pero ella, no sin dolor, continuó en su juramento, dejando en el camino fragmentos de su ser.

Todo hasta hoy, hasta recién.

Él estaba allí. Ella también. En la distancia. Con la posibilidad del anonimato. Con la oportunidad de la privacidad. Con la sensación de que los años no transcurrieron y sólo aguardaron. Con la piel anhelando a gritos aquello que no fue. Con el alma sacudida de momentos inconclusos.

El sonido del teléfono la alarmó. Miró el reloj. En quince minutos debía presentar brevemente, junto a otros oradores, su temática, la que desarrollaría en extenso al día siguiente, exactamente a las 9hs. según rezaba el protocolo.

-Madame, vous avez ... un recado. Ça dit: "Monsieur Román quiere verla. Dice que ha viajado por Usted. La volverá a llamar"- expresó una voz grave, ajena al significado demoleedor de esas pocas palabras.

Se quedó sin aliento. No cabían dudas.

Se desmoronó.

Él otra vez. Otra vez él. Cuando ella consideraba que era pasado, su vigencia era aplastante.

El teléfono la sacudió.

"¿Y si no respondo?, reflexionó, desconociéndose por esa repentina cobardía.

-Madame, todo está dispuesto- expresó en correcto español Monsieur Charmant, coordinador principal de los conferencistas provenientes de Sudamérica.

-Sí... aguárdeme unos minutos, ya bajo al salón- expresó ella evidentemente turbada, al tiempo que aliviada.

Debía vestirse y acicalarse. Ansiaba causar la mejor impresión y para ello debía recomponerse. Lamentaba no haber repasado las palabras precisas a transmitir en su discurso inicial. Pero no importaba demasiado. Confiaba en ella y esa seguridad se generaba en sus conocimientos, desgranados y madurados a través de las investigaciones que tanto esfuerzo y voluntad le habían demandado. Aquellos que había consolidado mientras oscilaba entre sensaciones extremas: el fracaso y el amor, la esperanza y el renunciamiento.

Esta oportunidad podía ser la única o un pasaporte a más logros profesionales.

También esta oportunidad seguramente era única y, de no tomarla, la resignación a la pasión anestesiada.

De ella dependían ambas, en ese lugar, en ese momento.

Sus emociones se abalanzaban, se superponían, se entremezclaban...

El teléfono sonó otra vez, sacudiéndola. No lo atendería.

Y de repente decidió. Nada nuevo. Como ya lo había hecho antes.

Brillaría en su ponencia, era lo que tanto había proyectado y se opacaría en aquella aventura que nunca fue. No deseaba regresar. Ya no. No ahora que había podido aunar sus fragmentos y ambicionaba convertirse en un ser íntegro, con sus potencialidades-en lo profesional- y sus debilidades –en lo emocional-. Así se aceptaba. De este modo se conformaba. Había hallado por fin consuelo.

Presta a abandonar la habitación, fue ella quien levantó el tubo del teléfono y se comunicó con la recepción. Exhaló ruidosa. Quizás necesitaría expresarlo más de una vez. No importaba. Sonrió.

- Alo, Monsieur. Necesito dejar un mensaje, por favor. Si el Señor Román desea contactarse nuevamente conmigo, le dice que no insista, que ya no estoy disponible. Gracias.